

*
**

No me arredran las agudas garras de sus águilas negras; las desafío: madre, reclamo mi parte en tus miserias, porque soy tu hijo.

*
**

Desafiando las afrentas infames veneraré tus desgracias y besaré tus pies, Francia, con los ojos llenos de lágrimas y de fuego.

*
**

Verás que, aunque estuve hundido y eclipsado, tuve fe, y que en mi mente no hubo un pensamiento que no fuera para ti.

*
**

Tú me permitirás, al salir de las tinieblas, que sea tu hijo, y mientras se ría ese montón triunfante de hombres fúnebres, deja que yo te adore, rogando por ti, entusiasmado ante tu frente invencible que dora el Oriente.

*
**

Antes, en los días de orgía, en los que el hombre alegre brillaba y no creía; cuando ebria de esplendor, de triunfos y de sueños bailabas y cantabas, fascinada por los resplandores de mentirosos éxitos; cuando resonaba la música de tus fiestas, ¡oh París!, huía de ti como el profeta huyó de Tyro.

*
**

Cuando el imperio convirtió a Lucea en Gomorra, sombrío y triste fui a sumirme en la inmensa tristeza del mar.

*
**

Y allí, oyendo tus canciones, percibiendo el ruido confuso de tu delirio, oponía a tus risas, a tus lujos y a tus ilusiones mi protesta.

*
**

Pero hoy que llega Atila con su bárbara multitud, hoy que el mundo se hunde a tu alrededor, vuelvo a ti.

*
**

Francia, estar contigo en la hora en que te arrastran por los cabellos y llevar un anillo de tu cadena, ¡oh madre mía, es lo que yo deseo!

*
**

Acudo a ti, ya que te destrozan las bombas y la metralla, y en tus murallas me verás firme de pie o tendido.

*
**

Y quizás en tu suelo, en el que brilla la vívida antorcha de la esperanza, en recompensa de mi destierro me concederás una tumba.

Bruselas, 31 agosto de 1870.

LOS CASTIGOS

NOX

I

Ya llegó la fecha en la que tanto pensabas, príncipe; realiza tu intento de una vez... la noche es muy fría.—Vamos, levántate. Husmeando en la obscuridad a los rateros, el dogo Libertad gruñe y enseña los dientes, y aunque Carlier lo ató a la cadena, ladra. No lo diferas un momento más; es hora ya de hacer presa. ¡Diciembre condensa sus más negras nieblas; como un barón salteador de caminos que sale de su guarida, sorprende, asalta bruscamente al enemigo que tú acechas! ¡Arriba! ¡Levántate! Los regimientos están ya en los cuarteles con la mochila a la espalda, embrutecidos por el vino y por el furor; no esperan más que al bandido para proclamarle emperador. Toma la lámpara, camina cautelosamente, no olvides el puñal, el instante es propicio; la República confía en ti, y sin ver brillar tus ojos sombríos, duermes tranquila, teniendo por almohada tu juramento.

¡Jinetes y peones, salid, salid como hordas!... ¡sús, contra los representan-

tes del pueblo! Soldados, atad con cuerdas a vuestros generales, y arrojarlos en los calabozos de los forzados; meted a la Asamblea en Mazas a culatazos; arracad de sus asientos a sablazos a la Cámara Alta; próceres de Francia, convertíos en bandidos de la Calabria; vosotros, burgueses, vil rebano, vil escabel, mirad como hierro salido de la fragua y agitado por un demonio negro, el golpe de Estado que sale ardiendo de la fragua. Los tribunos luchan en defensa del derecho; estranguladlos: salteadores, condottieri, vendidos, prostituidos, herid, matad a Baudin y a Dessoubs. ¿Qué hace el pueblo fuera de sus casas? Que vuelva a encerrarse en ellas. Soldados, ametrallad a esa canalla. ¡Fuego! ¡Fuego!—En seguida irás a votar, pueblo soberano. Da cuchilladas al derecho, al honor y a la ley; haz que la sangre corra a ríos por los bulevares. Llena las cubas de vino y las fosas de muertos. ¿Quién quiere aguardiente? En los días de lluvia, es muy agradable beber.—Soldados, fusilad a ese anciano; matad a ese niño. ¿Quién es esa mujer? ¿Es su madre?—Matadla.—Que tiemble el pueblo infame y que sus pies ensangrenten el pavimento de las calles de París, del París odioso, que se queja y se resiste. ¡Adelante! Que conozca el desprecio

sombrío y vengativo que a nosotros, representantes de la fuerza, nos inspira él, que es la inteligencia. El extranjero respetó a París, pero yo haré una cosa nueva: arrastrarlo por el lodo, atado a la cola de mis caballos. ¡Que muera! Negros cañones, ¡vomited vuestras balas sobre él!

II

Esto es cosa hecha. En todas partes reinan el silencio y el horror. ¡Viva Poulmann, César y Soufflard, emperador!

Truécanse en alegres fogatas las barricadas, y la puerta de San Dionisio contempla bajo sus altos arcos las hogueras tremolar y despedir chispas al soplo del viento. Esto es hecho, descansad. Se oye el ruido de las espadas que vuelven a sus fundas y del dinero que tintinea en los bolsillos; desde la banca hasta los vivacs se vacían los sacos. Los que han matado sin vacilar, conseguirán además la cruz de Honor. Aullando los vencedores danzan sobre los escombros, mientras que en los sombríos rincones yacen los cuerpos ensangrentados. El soldado, alegre, ebrio y feroz, cómplice obscuro, camina con paso vacilante, y con la mano que se apoya en la pared acaba de aplastar algún cerebro humano. Ríen, cantan, beben, se divierten; traen vencidos, que fusilan; son hombres, mujeres y niños. Los generales galopan triunfantes, por entre cadáveres. El César tomó el camino más corto, y los generales corren al Eliseo a felicitarle por los arroyos de sangre que corren en las casas y en las calles. Para cruzar esos mares espantosos, los jueces se arremangan las togas, y la Iglesia, gozosa, coge un coágulo aun ca-

liente para ponerlo en el escritorio de Veuillot.

Vosotros, magistrados, sois los que ayer un cabo, riéndose de vuestra férula, os arrojó de vuestras sillas curules; ahora que estáis bien seguros del triunfo de Mandrín; ahora que ya no os veréis obligados a ser íntegros; ahora que Mandrín os compensará debidamente; ahora que es él el que paga por haberse apoderado del presupuesto; ahora que nada arriesgáis, porque él ha estrangulado la ley, que está bien muerta y cuyo cadáver encontraréis en la puerta de su palacio; ahora corred, aclamadlo, id a cantarle el hosanna. Olvidad el bofetón que ayer os dió, y puesto que hizo asesinar ancianos, madres y niños, puesto que llevó la muerte a todas partes, arrodillaos ante el asesino todopoderoso y lamedle los pies para limpiarle la sangre que los mancha.

III

Ese hombre se dijo:—«El, que era dueño de los ejércitos, y ante quien la fama hacía sonar la trompeta inmortal, Napoleón, reinó quince años entre las tempestades, desde el Sur hasta el aquilón. Todos los reyes le adoraban y le besaban los pies; se apoderó de todo, de Madrid, de Berlín y de Moscou; pero yo haré más: voy a hundir a Francia; clavaré mis uñas en su cuello. Francia libre y digna, armoniosamente marcha hacia su fin sagrado; la echaré por detrás un lazo corredizo y la estrangularé. Mi tío y yo nos repartiremos la historia; evidentemente el más inteligente soy yo; él consiguió la música de la gloria, pero yo me apoderaré del saco del dinero. Yo me serviré de su nombre espléndido y sonoro, que lle-

vo desde la cuna. El enano se encarama hasta el gigante. Le dejaré su página en la historia, pero yo ocuparé el dorso. Me encaramo hasta él, y sobre él seré el señor. Quizás sea mi destino sobrenadarle en la historia, o quizás hundirle bajo mis pies. Soy buho, pero cogeré ese águila con mis garras, y a pesar de ser yo bajo y él alto, le dominaré. Elijo su gran aniversario, porque necesito este día. Este día seré como el hombre que se emboza en la capa hasta los ojos; nadie supondrá que me propongo cubrir de ignominia un día tan glorioso. Así podré descargar más fácilmente mis puños homicidas sobre mi enemigo; porque la Francia este día dormirá en su lecho de laureles.»

*
**

Entonces apareció, hastiado de una vida de desenfrenado libertinaje, con los ojos mortecinos y las facciones pálidas; entonces apareció furtivamente ese ladrón nocturno, y encendió su linterna en el sol de Austerlitz.

IV

¡Victoria! ¡Ya era tiempo, príncipe, de que tú aparecieses! Las jóvenes de la Opera echaban de menos a los príncipes rusos. Las revoluciones traen el fastidio a los Juanillos de ayer y a los Pamelas de hoy, y el Don Juan asustadizo se convierte en Harpagón; mezquino filón de oro sale de las bolsas vacías; el dinero apenas circulaba en los garitos; los periódicos hacían el vacío en torno del confesionario. El Sagrado Corazón languidecía, muriendo de su muerte natural; los protestos en tropel

no dejaban vivir ni de día ni de noche al portero de Magnán; excitaban la vista los sermones del abate Ravignán; los caballos de pura raza no piafaban en las puertas de las jóvenes. La hidra de la anarquía se aparecía a esas bellas bajo la forma espantosa y triste de un caballo de *fiacre* que las arrastraba al baile por treinta sueldos. La desolación se cernía sobre Babilonia. Pero surgiste tú, brazo fuerte, te erguiste como una columna, y todo renace, todo revive, todo se ha salvado. Desde hoy las figurantas de teatro cosecharán millores, y todo el mundo está contento; la soldadesca, los vividores y la gente devota, todos cantarán, monseñor el arzobispo y Javotte.

Congratulémonos, triunfemos y hagamos las particiones. Los antiguos partidos, tocados con alas de pichones, van a inscribirse, adorando a Mandrín, en casa de su conserje. Falstaff calienta un ponche; Tartuffe enciende un cirio. En el alegre Eliseo tocan los tambores. Todos acuden allí presurosos, Parieu, Montalembert, Sibour, Rouher, Troplong, éste sirviente, griegos, judíos, todo el que pone en venta la conciencia; todos los que roban y mienten *cum privilegio*; el amigo del acetre y el amigo del agio; los que son despreciables y desean ser infames; todos los que, leyendo en el fondo de su alma, se sienten bastante presidiarios para llegar a ser senadores. Mirmidón admira la grandeza de César; forma el corro y lo atruena desde el centro de la fiesta.—¿Qué os parece, señores, he obrado con habilidad? ¿Qué piensa Papavoine, qué dice Loyola? Haremos que voten esos pícaros, y en todas partes, con letras de oro, escribiremos la cifra. Tocad el bombo, soplad el pífano, cantad *Salvum fac*, y en lo sucesivo, en las igle-

sias, que abrigan al Dios vivo, se levantarán mástiles con oriflamas. ¡Victoria! Venid a ver los cadáveres, señoras mías.

V

¿Dónde están los cadáveres? En los andenes, en los muelles, en los patios, en los puentes, en las cloacas, cuyas trampas hace levantar Maupas, en la fosa común, espantosamente aumentada; en las aceras, en los umbrales de las puertas, en las calles, en confuso montón por todas partes, en los furgones que los dragones escoltan al anochechar, convoy horrible que viene del Campo de Marte, pasa, y París, temblando, habla de él en voz baja.

¡Antiguo monte de los Mártires, hoy sí que puedes conservar tu nombre! Los muertos a sablazos y destrozados por el cañón en los campos que la tumba llena de misterio, estaban enterrados con la cabeza fuera de tierra. Los colocó así aquel hombre, sin que le asustasen las heladas frentes; allí permanecían, ensangrentados, fríos, con la boca entreabierta, mirando hacia el cielo, lívidos entre la hierba, con su tranquilidad espantosa, azotándose el rostro el viento húmedo del crepúsculo. Lo mismo el habitante del arrabal que jamás retrocede, que el rico de manos blancas y el pobre de brazos musculosos; lo mismo la madre, que parecía enseñar a su hijo muerto, que cabellos blancos y cabezas rubias en medio de los esqueletos y la bella joven de labios amoratados, alineados al pie de los árboles, lívidos, estupefactos, inmóviles, pensativos... espectros del mismo crimen y de los mismos desastres con la

vista fija en el cielo miraban los astros. Desde el amanecer los vecinos de París iban a buscar allí al ausente que no había vuelto a casa. El pueblo contemplaba aquellas cabezas muertas, que por lástima las veladas de diciembre cubrían con púdico y obscuro velo. Por la noche, el antiguo guardián de los sepulcros, que quedaba solo, apresuraba el paso por entre las piedras sepulcrales, estremeciéndose al ver aquellos rostros pálidos; y mientras lloraban en las casas que sufrían el duelo, el áspero cierzo soplabá sobre aquellos cadáveres sin ataúd, la sombra fría invadía el recinto cerrado por fúnebres muros. ¡Oh muertos!, ¿qué decís a Dios a través de estas tinieblas?

Diríase que aquellos muertos misteriosos, asomando la cabeza fuera de la tierra y mirando fijamente al cielo, se despertaran bruscamente en el cementerio, donde los cipreses se estremecían al oír la trompeta del juicio final, para llevar, Bonaparte, hasta el cielo y ante Dios tu alma horrible y falsa, y que salían de la fosa para atestiguar tus delitos.

¡Recinto fatal de Montmartre; aún hoy, cuando la noche empieza a extender su manto, el transeunte evita pasar cerca de tus muros!

VI

Un mes después fué ese hombre a la iglesia de Nuestra Señora. Entró con la frente altiva; la mirra y el incienso ardían allí; en la torre volteaba la campana mayor; el arzobispo oficiaba radiante de gloria, a pesar de haberse cortado la capa pontifical de un sudario; en una cruz erigida en el fondo del santuario estaba enclavado Jesucristo.

Aquel hombre infame iba a ofrecer a Dios sus crímenes. Como el lobo que se lame después de devorar un inocente rebaño, retorciéndose el bigote, exclamó:—«He salvado el orden; recibidme, ángeles, en vuestras legiones, que he salvado la religión y la familia.»—

Y en sus ojos feroces, en los que Satanás se contempla, se vió brillar una lágrima. ¡Oh columnas del templo, abismos que San Juan vió entreabrirse en Patmos, cielos que visteis a Nerón, sol que viste a Seyano, vientos que en otros tiempos impelisteis la dorada gamera que conducía a Tiberio hacia Caprea, ¡oh soplos de la aurora y del septentrión, decidme si en ese hombre el histrión sobrepuja al asesino!

VII

Tú, que bates con tu flujo fiel la roca donde he plegado mis alas, vencido, pero no desalentado; abismo donde ruge el huracán, donde el esquife naufraga, ¿por qué me hablas en la obscuridad? ¿qué quieres decirme, mar sombrío?

Tú nada puedes; roe tus diques, difunde el oleaje que prodigas, déjame sufrir y soñar; que todas las aguas de tu abismo, pasando sobre ese crimen, ¡oh vasto mar!, no conseguirían lavarlo.

Comprendo que para distraerme me dices:—«Cálmate, hermano mío; cálmate, pensador tumultuoso»;—pero yo te contestaré:—«Cálmate tú, mar profundo; calma tus poderosas olas que mugen, siempre amargas, pero nunca fangosas. Tú crees en tu poder supremo, tú, que eres admirado y querido, tú, que te pareces al destino, tú, a quien los cielos han azulado, tú, que con tus on-

das sagradas lavas la estrella de la mañana.»

Tú me dices:—«Ven, contempla y olvida.» Me enseñas el mástil que se doblega, los peñascos verdegueantes, la espuma que bate los escollos sombríos, como bandada de aves blancas; la pescadora que va con los pies descalzos y canta, el agua azul por la que se desliza la nave inclinada, el marinero, trabajador rudo; las elevadas y embravecidas olas; me muestras tu belleza inmensa, mezclada con el inmenso horror, y me dices:—«Dame tu alma, proscrito; apaga tu llama en mi seno; caminante, arroja a las olas el báculo; vuelve hacia mí tu mirada ingrata, que yo adormecía a Sócrates, que yo calmaba a Catón.»

No; respeta el árido pensamiento, la cólera del alma del justo, el espíritu que no puede olvidar negros delitos; cuenta a los antiguos peñascos tus conquistas y déjame que me envuelvan las tempestades.

Yo te aborrezco, mar sombrío, porque arrastras por tus aguas movedizas, entre los vientos y los escollos, hacia las profundas fosas de Cayena, los negros pontones que surcan tus olas como grandes ataúdes.

Eres tú quien los arrastra hacia el sepulcro, abriéndoles las puertas, a todos nuestros mártires de frente serena, en la cala donde carecen de paja para acostarse, donde los cañones, cargados de metralla, alargan sobre ellos sus cuellos de bronce.

Y si ellos lloran, si las torturas doblegan sus naturalezas indomables, execrable abismo, contribuyes a su suplicio, y tu cómplice rumor sofoca sus gritos de desesperación.

VIII

Eso es lo que vió la historia, y al terminar de referirlo lora roja de vergüenza.

Cuando se despierte la gran nación, cuando llegue el día de la expiación, espada de los días sangrientos, no salgas de la obscuridad.

No, no; que a más de un alma sombría, para castigar a ese traïdor, la impulsará esa necesidad. No volváis a mi mente, lúgubres visiones, recuerdos dolorosos; gendarmes con el sable desnudo, custodiando las carretas, redobles de tambores, pueblo gritando: «¡Infames!» ¡Muchedumbre llenando las azoteas, puertas y ventanas, calles y muelles; silenciosas plazas públicas, en las que se ven los triángulos oblicuos!...

Recorriamos tranquilamente nuestro camino, cada cual ocupado en un trabajo propio de este siglo; el poeta cantaba la obra inmensa de los hombres, la tribuna hablaba con su elocuente voz; íbamos destruyendo escudos, tronos, argollas y cadalsos; cada día hacíamos disminuir el odio y el sufrimiento; el género humano marchaba por la vía del progreso; Francia iba a la cabeza con la luz de la inspiración en la frente; pero llegaron esos hombres con él, con él, que es la afrenta viva, con él, que es el bandido que ungen con el óleo santo; vinieron trayéndonos el duelo, el asesinato, la muerte, los sudarios, el hierro, la sangre y el fuego... Esa es la simiente que han arrojado en los surcos del porvenir. Y entretanto, piedad, te estremeces, al oír estos gritos espantosos: «¡Venganza! ¡Represalias!»

Yo, proscripto, me ensangriento los pies con los abrojos del camino, y triste

y pensativo, ocultando la frente entre las dos manos, y me abstraigo pensando en los días que vendrán. Gigante de castos ojos y de acción rápida, que jamás se ve, ¡oh revolución!, ante tu altivo y colérico semblante tiemble la humanidad, y al cubrir con su cuerpo hasta a los malvados, se arrastre a tus pies y se retuerza los brazos: tú respetarás como hija su dolor amargo, y tú, virgen, te quedarás parada ante tu madre.

Trabajador robusto, obrero semidesnudo, segador enviado por el mismo Dios para segar en un día diez siglos de miserias, sin miedo, sin piedad, verídico, formidable y sincero; igual por la estatura al coloso romano; tú, coloso romano, que venciste la Europa; tú, que tomaste de la mano a los reyes y los lanzaste unos contra otros para acabar con los tiempos antiguos; tú, que salvaste la libertad por medio del terror; tú, que llevas este sombrío nombre: «Necesidad», en la historia en que tú brillas como un foco, permanece siempre solo, Titán del 93; nada vendrá tras de ti que sea tan grande como tú.

Naciste de un régimen en el que dominaba el espanto, y pesaba tu educación en tu cabeza emancipada y contra tu voluntad, hijo de la monarquía, imbuido de malas enseñanzas y de perniciosos ejemplos, como ella derramaste sangre, sin saber que ella te había enseñado a practicar la pena de muerte y la ley del odio, y derribando a tiranos, a parlamentos, a reyes y a Capetos, te sublevas contra ellos, pero como ellos castigabas.

Nosotros, gracias a ti, gigante que ganaste nuestra causa, somos hijos de la libertad y no sabemos otra cosa sino que Francia quiere en la actualidad que el amor alumbre a toda la tierra, que

la fraternidad pura siga la ley santa de Jesucristo. Esa es la ley que está escrita en la naturaleza: «Amaos los unos a los otros.»—Seamos hermanos; tengamos fijas las miradas en esa idea, ángel de divinos rayos, en esa idea que es a la que todo cede y todo lo ilumina demostrando su santidad en su propia cólera y dejando siempre incólumes los principios. No basta ser vencedores; lo que importa es permanecer siendo grandes. Cuando consigamos ver a ese abyecto traïdor, pálido y estremecido, afirmemos el progreso por medio del castigo que se le imponga: la vergüenza, pero no la muerte.

Pueblos, echemos el velo del olvido sobre el espantoso pasado de los reyes; dejemos abolidos para siempre los tormentos, las cuchillas, los tajos y las horcas. Apresuremos la hora prometida a las naciones futuras, en la que, tranquila y sonriente para los buenos, y hasta para los ingratos, la concordia estreche a los hombres en sus brazos, inclinando hacia nosotros su frente venerable. Que no pueda decir ese miserable que el mundo ha retrocedido en

su camino sublime, ni que Jesús y Voltaire hayan hablado en vano, ni que no es verdad que después de tantos esfuerzos y de tantos sufrimientos, nuestra época haya consagrado la vida humana. No basta un momento de indignación para perder el tesoro que han acumulado los siglos. Se puede ser severo y economizar la sangre. Que no se diga que a causa de ese hombre la guillotina y el cesto horrible, que febrero indignado cogió y arrojó a la cloaca, han vuelto a levantar su cuchilla entre sus rojos brazos y eleva su siniestra marca hacia el cielo estrellado.

IX

Musa de la indignación, que Juvenal te deseaba henchida de lava ardiente; tú, cuya claridad brilla en los ojos fijos del Dante, ven, ven y erijamos ahora en ese imperio feliz y radiante, y a pesar de esa victoria arrancada a la violencia, bastantes picotas para formar con ellas una epopeya.

Jersey, noviembre de 1852

LIBRO PRIMERO

¡LA SOCIEDAD SE HA SALVADO!

I

Francia, ahora que te prosternas y el tirano tiene puesto su pie sobre tu cerviz, la voz saldrá de las cavernas y se estremecerán los encadenados.

El desterrado, de pie en la playa,

contempla las estrellas y las olas, y como el que habla entre sueños, hablará en voz alta en la obscuridad; sus palabras amenazadoras brillarán como relámpagos; serán como manos que pasan de noche durante el sueño empuñando espadas.

Harán que los mármoles se estre-